

por la justicia. » Finalmente, Pedro de Anghiera, jefe de la escuela del palacio para la instruccion de los nobles jóvenes, que habia sido testigo de la vida y de la muerte de Isabel, dice igualmente que España perdió en ella el espejo de la virtud, el refugio de los buenos y las espada de los malos; que en toda la Historia no se encontraba ninguna mujer (podia haber añadido que ningun hombre) que reuniese en igual grado las grandes cualidades de soberana y la santidad de la vida, y que, exceptuando á la Santísima Virgen, ninguna mujer de la tierra la aventajaba en la pureza de corazón. (El cardenal Jimenez.)

En efecto, aún en el campo de batalla, pasaba ella muchas horas de la noche en piadosas lecturas, en meditaciones y en oraciones, lo cual, en el sitio de Granada, fué causa del incendio de su tienda, del que ella escapó por milagro; pero que, habiéndose comunicado á una aldea contigua al campamento, la redujo á cenizas. Esta desgracia fué reparada muy pronto por la gran Reina. En el lugar de la aldea incendiada se levantó una ciudad, que existe todavía, y que, por causa de la piedad de la fundadora, recibió el nombre de Santa Fe. Al fervor de su piedad sólo excedia su celo por la propagacion de la religion católica. Este celo por extender en España, no tanto su reino, como el reino de Jesucristo, le inspiró la idea de arrojar de ella el mahometismo, y la constancia prodigiosa que manifestó, haciéndole la guerra más obstinada por espacio de diez años. Este celo lo manifestó ella por el esplendor de tantas obras maravillosas, y por él mereció por parte de la Santa Sede el bello y glorioso título de *Isabel la Católica*, que le confirmó Inocencio VIII y que le confirmó Alejandro VI, extendiéndolo á su esposo y á todos los reyes de España sus sucesores. Y jamas ha sido este título más bien merecido ni más dignamente sostenido. Él es la verdadera causa de las grandezas y de las glorias de Isabel. Ella fué una gran reina, porque fué una gran católica. La mujer no es grande ni gloriosa sino por la santidad del Catolicismo.

§ LVIII. — San Cayetano Tieneo, enviado por Dios para indemnizar á la Iglesia de las pérdidas que le habia hecho sufrir Lutero. — El Concilio de Trento, lo mismo que la *reforma del clero* y todas las fundaciones de las diversas órdenes de *clérigos regulares* y de todos los establecimientos de piedad y de caridad de su tiempo, fueron pensamiento y obra suya. — Todo el bien que de tres siglos á esta parte se hace en la Iglesia se remonta hasta él; y este grande hombre, instruido por una santa mujer, fué ayudado tambien en todas sus obras por santas mujeres. — Observacion general sobre la mujer católica, mártir de los tiempos modernos.

En tanto que el genio de Colon descubria la América, donde la Iglesia debia encontrar un número de hijos mayor que el que la apostasia de Lutero habia de separar de su seno, mandó Dios otro grande hombre para que detuviese los progresos de este mismo heresiarca, é hiciese florecer la fe católica en Europa. Éste fué San Cayetano Tieneo, que nació en el mismo tiempo que Lutero, y á quien el célebre arzobispo de Milan y de Narbona, el cardenal de Este, haciéndose eco del Soberano Pontífice y de la Iglesia, proclamó *el hombre que la divina Providencia envió entonces del cielo para contener los proyectos infernales* y la audacia desenfrenada de Lutero. (*Ad effrenam Lutheri audaciam compescendam, de celo missus.*) Nada es más cierto que esto.

Nada dirémos del celo ardiente por la salvacion de las almas que inflamaba á este gran apóstol del siglo XVI, y que le valió, de parte de los pueblos, el bello nombre de *cazador de las almas* (1). No es éste el lugar de hacer el elogio de sus virtudes. Sólo queremos consignar aquí el importante papel que desempeñó en la Iglesia para contrarestar á Lutero.

El gran Concilio de Trento, que, con su *verdadera reforma*, dió un rudo golpe á la *mentida reforma* de Lutero, y contuvo sus progresos, fué pensamiento y obra de San Cayetano. Él fué quien formó este proyecto, y quien animó é impulsó al Soberano Pontífice á llevarlo á efecto (*Magenis, in Vita*); él fué quien, con sus buenos oficios respecto á los soberanos católicos, removió todos los obstáculos y facilitó su ejecucion. Segun San Cayetano, cuya sagacidad de espíritu estaba á la altura de su grandeza de corazón, el Concilio era el úni-

(1) «Proximorum salutis, assidua cura incumbat: dictus propterea *venator animarum*.» (*Brev. Rom.*, 7 Aug.)

co medio de salvar el Catolicismo en Europa; y lo creia de tal modo, que cuando esta grande asamblea de la Iglesia, para cuya reunion habia él trabajado tanto, fué interrumpida, murió en Nápoles de pena y de dolor. (*Magenis, in Vita.*)

Habiendo nacido la herejía de Lutero de la relajacion de costumbres del clero, pensó San Cayetano que el medio más á propósito para combatirla y para detenerla era la restauracion de la disciplina eclesiástica. Con este fin instituyó su orden de clérigos regulares, por la que llamó al clero á la regla y á las funciones del ministerio sagrado, que habia abandonado (1).

La idea de los seminarios, así como todos los planes de reforma eclesiástica relativos á la disciplina y á la liturgia, que el mismo Concilio adoptó y erigió en ley, pertenecen á San Cayetano y á sus compañeros, tales como el cardenal Teatino (que despues fué Papa bajo el nombre de Paulo IV) y el cardenal Scotti, obispo de Plasencia, que fué el primero que realizó esta preciosa reforma en Italia, desde donde, pasando por Francia, dió la vuelta al mundo. Por todo esto obtuvo San Cayetano el título de *reformador del clero*.

Bajo este punto de vista no es él bastante conocido ni bastante apreciado aún por los escritores eclesiásticos, porque él trabajó en el silencio y en la oscuridad, y porque procedió siempre con mucha prudencia, sin agriar las cuestiones y sin ruido ni publicidad; pero no por eso deja de ser uno de los más grandes hombres del Cristianismo, y el personaje á quien en estos últimos tiempos ha debido más la Iglesia.

Se ha dicho que sin San Agustín no hubiéramos tenido á Santo Tomás; esto es posible. Pero lo que es cierto, es que sin San Cayetano no hubiera tenido la Iglesia á San Jerónimo Emiliano, ni al bienaventurado Zacarías, ni á San Ignacio de Loyola, ni á San Felipe Neri, ni á San Camilo de Lellis, ni á San Francisco Caracciolo, ni á San José de Calasanz, ni á San Alfonso de Ligorio; al ménos no los hubiera tenido como fundadores de congregaciones religiosas. Habiendo prohibido el Concilio de Letran la fundacion de nuevas órdenes religiosas en la Iglesia, estaba la puerta cerrada al genio de tales fundaciones. San Cayetano fué quien las abrió, por

(1) «Colapsam ecclesiasticorum disciplinam instaurare desiderans, ordinem clericorum regularium instituit.» (*Brev. Rom.*)

el establecimiento de sus clérigos regulares, cuyo nombre y cuya institucion inventó él mismo (1524), y á la sombra de este nombre, y al ejemplo de esta institucion de San Cayetano, se fundaron los somascas (1528), los barnabitas (1532), los jesuitas (1540), los crucíferos (1592), los escolapios (1640), lo mismo que las demas corporaciones religiosas que se han establecido en la Iglesia de tres siglos á esta parte (1). De modo que todo el inmenso bien que estas diversas órdenes han producido en el mundo recae con justa razon sobre San Cayetano, que les dió el origen y el nombre. Los fundadores que le siguieron no establecieron más que una sola orden; y San Cayetano, en una sola orden, estableció muchas. Aquéllos son patriarcas de individuos, y éste es patriarca de corporaciones, de órdenes y de los fundadores de ellas. Por consiguiente, el que considere á San Cayetano Tieneo como el gran personaje elegido por Dios para neutralizar, con sus innumerables obras de edificacion, el gran escándalo de Lutero; el que le llame el jefe del gran movimiento católico del siglo XVI, y le atribuya todo el bien que el clero, reformado por su celo, ha obrado de tres siglos á esta parte en el mundo antiguo y en el nuevo, no se engaña. Sin embargo, apénas se sabe que San Cayetano hizo todo esto. Pero ¿qué importa? Apénas se fija la atencion en el sol, y sin embargo, él es el astro benéfico que pone en movimiento á todos los planetas, que todo lo hace germinar y que vivifica la Naturaleza.

Pues bien, por una mujer, la Condesa de Thiene, su santa madre, fué formado este Santo segun el corazon de Dios, y recibió la aptitud para la noble mision que le estaba reservada. Habiendo

(1) Los somascas se llaman *clérigos regulares de los huérfanos*; los barnabitas, *clérigos regulares de San Pablo*; los jesuitas, *clérigos regulares de la Compañía de Jesus*; los crucíferos, *clérigos regulares para servir á los enfermos*; los escolapios, *clérigos regulares de los pobres de la Madre de Dios*; los menores, *clérigos regulares menores*, etc. Este es el título oficial que tienen en la Iglesia. Todos ellos tienen, como se ve, el título de *clérigos regulares*, pero con una adición, que los hace distinguir los unos de los otros. Sólo los hijos de San Cayetano se llaman simplemente *clérigos regulares*, sin otra adición que los especifique, porque ellos fueron los primeros é hicieron aceptar á los demas. Así, pues, esta gran familia de los clérigos regulares reconoce por su fundador á San Cayetano, y con mucha razon es llamado este Santo *el patriarca de todas las órdenes de los clérigos regulares* («*Patriarcha omnium clericorum regularium*»), como San Benito se llama el patriarca de todas las órdenes monásticas.

llegado la hora del parto, y advertida esta piadosa matrona (como la madre de San Francisco) que iba á dar á luz el mayor héroe de la pobreza voluntaria, se hizo conducir á un establo, y allí fué donde dió á luz su primogénito, á quien colocó en un pesebre, á fin de que el que debía seguir tan de cerca á Jesucristo por su vida, comenzase á parecerse por su nacimiento. Ella fué tambien quien supo inspirar á este hijo de bendicion el desprendimiento del mundo, el amor á la pureza, el afecto á los pobres, el celo por la religion, y sobre todo, el sentimiento de modestia, que hicieron de Cayetano el ángel de la virginidad, el milagro de la oracion, el mártir de la penitencia, el héroe de la caridad, el apóstol de la Providencia, la columna de la Iglesia, y principalmente el gran modelo de la humildad, que lo hacía todo en la Iglesia, ocultándose siempre, y afectando que nada hacía por la Iglesia. ¡Gloria á la noble matrona cristiana, cuyos sublimes ejemplos y piadosos cuidados dieron un hombre tan grande á la Iglesia!

Todos saben que fué San Cayetano quien, con el fin de destruir la usura, imaginó y estableció en el siglo XVI los *Montes de Piedad*, que una bula del soberano pontífice Pío V hizo adoptar, pocos años despues, en el mundo cristiano. Se sabe igualmente que él fué quien fundó en Nápoles el inmenso *Hospital de los Incurables*, el *Monte de la Misericordia*, para los pobres vergonzantes, los asilos para el pudor en peligro, los refugios para las mujeres arrepentidas, y todas esas instituciones preciosas para el remedio de toda clase de miserias y para el alivio de toda clase de infortunios, que el genio de San Ignacio fundó despues en Roma, y el genio de San Vicente de Paul en Francia. Pues bien, en todas estas obras, lo mismo que en la fundacion de las principales casas de su orden, fué ayudado este gran santo por las mujeres. Ved aquí un ejemplo de ello: con cuatro millones (suma enorme en aquellos tiempos) comenzó su *Monte de Piedad*, y esta suma le fué facilitada por la Condesa de Porto.

Este apóstol de la caridad fué ante todo el apóstol de la verdadera fe, supuesto que la Iglesia ha reconocido en él el mérito de haber descubierto muchas veces las tramas de los herejes, y haber confundido los monstruos de las herejías (1). Mas en este impor-

(1) «Hæresum monstra et latebras non semel detexit ac profligavit.» (*Brev. Rom.*)

tante apostolado, él y sus clérigos regulares fueron ayudados eficazmente por santas mujeres.

Así, pues, los dos grandes hechos que señalaron el principio de la era moderna, el descubrimiento del Nuevo Mundo y el apostolado de San Cayetano Tieneo, que coincidieron con el nacimiento de Lutero, para indemnizar á la Iglesia de las pérdidas que éste le habia de ocasionar, se cumplieron por la influencia y la cooperacion de las mujeres.

Ahora vamos á hacer mencion de otros hechos, en los que esta influencia y esta cooperacion de la piedad y del celo de la mujer católica para el triunfo de la verdad contra el error fueron más directas.

Lo mismo que las iglesias del mundo antiguo, las del nuevo mundo fueron fundadas por la poderosa predicacion de la *buena nueva*, y por la confesion generosa de la fe, hecha por los nuevos héroes de Jesucristo. En efecto, en las Indias, en Filipinas, en las Molucas, en Borneo, en la China, en la Cochinchina, en Tonquin, en el Japon, en las diferentes comarcas de las dos Américas, lo mismo que en la Oceanía y en la Australia, el Cristianismo se estableció sobre un terreno regado con el sudor de los nuevos apóstoles y con la sangre de los nuevos mártires. Aun en la Europa cristiana, la herejía, la incredulidad y el cisma no han sido más tolerantes con los verdaderos creyentes que el paganismo en los países idólatras; porque la capilla de Lutero, la muceta de Calvino, el manto real de los príncipes protestantes de Alemania, y el de Enrique VIII y Jacob I de Inglaterra, el zagalejo de Isabel, lo mismo que la toga de los autores de la revolucion de Francia y la cruz ortodoxa de los czares, fueron manchadas con la sangre de los católicos; y la historia de la apostasía de esos países no es otra cosa que una relacion no interrumpida de persecuciones atroces, de despojos, de prisiones, de destierros y de asesinatos de millones de cristianos que permanecieron fieles á la fe de la verdadera Iglesia. Pues bien; en esta multitud de nuevos mártires se encuentra un gran número de mujeres heroicas que confesaron la verdadera fe en medio de los más atroces tormentos, con la misma constancia y el mismo valor que las mujeres de los primeros siglos del Cristianismo. Recorriendo en particular el largo martiroiologio de la bella Iglesia del Japon, que la sacrilega perfidia de la herejía holandesa, más

bien que el fanatismo furibundo del paganismo indígena ha llegado á destruir, se encuentran muchas nuevas Ines, nuevas Catalinas, nuevas Cecílias, nuevas Sinforosas, mujeres de todas edades, de todas clases y condiciones, que, condenadas á la cruz ó á las llamas por ser cristianas, renovaron exactamente los prodigios de heroísmo y de celo cristiano de aquellas cuyo nombre tenían. Lo mismo ha sucedido respecto á las mujeres mártires que la herejía, la impiedad y el cisma han sacrificado, en estos últimos tiempos, á su ódio infernal á la verdad católica.

Ya hemos visto que en la *época de los mártires* (tomo 1), la actitud sublime y sobrenatural de la mujer mártir en medio de horribles tormentos y en presencia de la muerte más cruel, contribuyó, más bien que la actitud del hombre mártir á confundir el paganismo, á hacer sensible la divinidad y la verdad del Cristianismo, y á propagar y establecer esta religion en el mundo. Pues bien; la actitud de la mujer mártir de los tiempos modernos produjo los mismos resultados, y más preciosos aún, respecto al Catolicismo. Al leer las *Actas de los mártires* de los primeros siglos dos cosas parecen absolutamente increíbles: 1.º, el refinamiento y el exceso de crueldad de los tiranos contra las mujeres; 2.º, la constancia, el valor y la alegría de esas mujeres en medio de unos suplicios cuyo solo relato hace estremecer. Cuesta trabajo creer á la naturaleza humana tan baja y tan bárbara por una parte, y tan grande y tan sublime por la otra. Se siente el hombre tentado á graduar de falsedad ó de exageracion las actas que presentan á cada página al perseguidor como un monstruo, y á su víctima como un sér sobrenatural y divino. Pero ¿cómo es posible poner en duda ó graduar de hiperbólicas las actas del martirio de la mujer católica de los tiempos modernos, esas actas que se [refieren á hechos sucedidos cuasi en nuestros dias y á nuestra vista, y que se hallan consignadas por millares de testigos oculares, muchos de los cuales pertenecen al partido de nuestros enemigos? Pues bien; estas mismas historias incontestables nos dicen por una parte que la herejía, la impiedad y el cisma se han ensangrentado contra la mujer católica con la misma rabia, el mismo furor y el mismo exceso de crueldad que el paganismo empleó contra la mujer cristiana de los primeros siglos; y por otra parte nos enseñan que la sublime actitud de la mujer cristiana mártir de los primeros siglos en medio de los más horri-

bles tormentos, apareció con la misma grandeza y la misma majestad en la mujer mártir de los tiempos modernos, en medio de unos tormentos semejantes. Por consiguiente, el martirio de la mujer católica de los tiempos modernos, además de haber suministrado una prueba de las más convincentes y de las más luminosas, para los que no quieren cerrar los ojos, de la santidad, de la verdad y de la divinidad del Catolicismo, tiene de particular, que ha hecho más creíble las actas de las antiguas mártires, que ha confirmado, y que por lo mismo ha puesto el sello de la mayor autenticidad al gran testimonio que resulta de esas actas en favor de la religion cristiana.

No tratamos de presentar aquí los retratos de las grandes mártires de los tiempos modernos, como hemos presentado los de las grandes mártires de los tiempos antiguos. Además de que esto sería reproducir los mismos relatos, nos falta espacio para dar mayor extension á esta deliciosa materia. Debemos, pues, contentarnos con la observacion general que hemos hecho respecto á la mujer católica mártir de esta última época; y tal vez más tarde será cuando podremos citar de paso algunos casos particulares, debiéndonos ocupar ahora de la mujer católica, apóstol de la verdadera religion, de la misma época.

§ LIX. — El protestantismo, como todos los sistemas del error, inventado por falsos doctores, se estableció por la fuerza de los soberanos. — Cobardía de los soberanos católicos para con las potencias protestantes. — El mismo Luis XIV hizo alianza con Cromwell y adoptó la política anticristiana que más tarde envió á Luis XVI al cadalso. — Solas las reinas católicas hicieron una resistencia enérgica al protestantismo. — La reina María estableciendo el Catolicismo en Inglaterra; su defensa y su elogio.

Viéndose obligado el error, para establecerse, á buscar fuera de sí la fuerza que no tiene en sí mismo, comienza siempre por interesarse en su favor las pasiones de los grandes, y por la fuerza del poder se impone á los pueblos. Esta es la historia del protestantismo. Unos cuantos monjes apóstatas lo inventaron; pero los soberanos, cuyo libertinaje y cuya avaricia lisonjeaba, lo sustituyeron al Catolicismo entre sus súbditos por medio de la persecucion y de la violencia, y lo erigieron en ley de Estado. Pero la historia del pro-

testantismo nos enseña tambien que, procurando esta herejía monstruo (porque encierra en sí todas las herejías) establecerse en todas partes con la ayuda de las más vergonzosas pasiones de los hombres, fué detenida en su marcha devastadora por la pureza de costumbres, por la piedad, por el celo y por la abnegacion de las mujeres. En efecto, sin hablar de los príncipes protestantes, prodigios de fatuidad y monstruos de libertinaje, de rapacidad y de crueldad, los mismos príncipes católicos de aquella malhadada época, con una sola excepción, se mostraron muy inferiores á la gravedad de las circunstancias y á la dificultad de la situación. Sin consejo ni valor, sacrificando muchas veces la religion á la razon de Estado, y sometiendo la razon de Estado á los caprichos feroces de las facciones; empeñándose unas veces en guerras inconsideradas con las potencias protestantes, y uniéndose otras veces á ellas por medio de tratados vergonzosos; poniendo unas veces á los herejes fuera de todas las leyes de la humanidad, y concediéndoles otras, por medio de treguas estúpidas, más derechos que ellos pedían; reclamando constantemente la reforma de la corte romana, y rechazando con todas sus fuerzas la reforma de su propia corte; mostrándose severos con el Concilio de Trento é indulgentes con las Dietas del Imperio y con los conciliábulo de los novadores, los príncipes católicos aminoraron por sí mismos la autoridad de la Iglesia en sus estados, y aumentaron la audacia y las fuerzas de los apóstoles de la Reforma; ellos dejaron que esta Reforma echase raíces y adquiriese una posicion legal, y comprometieron los intereses del Catolicismo, tanto por su represion imprudente como por su tolerancia sacrilega respecto á la herejía.

Más tarde se vió otra cosa más repugnante y más odiosa aún: se vió al mismo Luis XIV, á pesar de la grandeza de su carácter y de su celo por el Catolicismo, participar del crimen y de la ignominia de aquella política, audaz hasta la insolencia, con la cabeza de la Iglesia, y cobarde hasta la infamia con las potencias protestantes. Este mismo Rey cristianísimo, que escribía al santo pontífice Inocencio con el tono arrogante que todos saben, y hacía invadir sus estados é insultar su persona en la misma Roma, llevó el olvido de todas las razones de parentesco, de soberanía y de catolicismo, hasta el punto de aliarse con Cromwell, el asesino de Carlos I (esposo de Enriqueta de Francia, hija de Enrique IV y tia de Luis),

el destructor de la monarquía inglesa, el calvinista más fanático, el enemigo más encarnizado del Catolicismo, y el tirano más sanguinario de los católicos de los tres reinos. Él llevó la bajeza, respecto á aquel monstruo de crueldad y de hipocresía, hasta el punto de ir él mismo, siendo Rey de Francia, á poner en sus manos regicidas las llaves de la ciudad de Dunkerque, que los franceses habian ocupado. (Rohrb., tom. xxvi.) Luis XIV hizo más aún: á la muerte de aquel furioso republicano se vistió de luto é hizo que se vistiese toda su corte.... Nada de esto se podria creer si el mismo Luis XIV no hubiera confesado, en las instrucciones que escribió para su hijo, sus simpatias con Cromwell, y el auxilio que prestó secretamente á los republicanos contra los realistas, engañando á los unos y á los otros para triunfar de todos ellos (1).

Á excepcion del rey de España, Felipe II, todos los príncipes, aun los católicos, fueron, lo repetimos, más ó ménos cobardes, más ó ménos estúpidos en sus relaciones con el protestantismo, y con medidas más ó ménos directas le ayudaron á establecerse en Europa. Sólo las princesas católicas fueron las que comprendieron su importancia funesta, que no transigieron en manera alguna con esta inmensa herejía y que la combatieron varonilmente con todos los medios de que podian disponer. En efecto, María de Inglaterra, hija de Enrique VIII y de Catalina de Aragon, arrojó el protestantismo de su reino, donde habia existido por espacio de trein-

(1) Se ha dicho, para excusarlo, que hizo todo esto por política. Esto es cierto; pero tambien lo es que con esta política maquiavélica ó pagana, que se pone fuera de toda moral y de toda religion, que se mofa de lo justo, y no mira más que lo útil, el gran Rey se mostró muy pequeño y muy mal inspirado. Esto fué autorizar el regicidio, y abrirle las puertas de su propia casa; esto fué legitimar anticipadamente la horrible doctrina, en cuya virtud, un siglo despues, Robespierre envió á Luis XVI al cadalso, y que él formuló en estos términos: Moral, jurídica y constitucionalmente, es inocente; pero políticamente, debe morir. (Rohrbacher, tom. xxvi.) Hay ciertos crímenes, dice la Escritura Santa, que son castigados ántes del último juicio: *Sunt quaedam peccata precedentia iudicium*, y éstos son los crímenes sociales. Luis XIV, rey de Francia, habia ayudado á los revolucionarios ingleses á destronar la dinastía legitima de Inglaterra, á matar á su Rey y á hacer triunfar el calvinismo. Pues bien, él fué pagado en la misma moneda: un siglo despues, el Rey de Inglaterra ayudó á los revolucionarios franceses á destronar la dinastía legitima de Francia, á matar á su Rey, biznieto de Luis XIV, y á hacer triunfar el ateísmo.

ta años, en tanto que los otros príncipes católicos lo dejaban introducirse donde no existía (1). Habiendo sucedido á Eduardo VI, su hermano, cuya imbecilidad y cuya malicia habia afirmado en Inglaterra el cisma que su horrible padre habia fundado, encontró el Catolicismo legalmente abolido, y el protestantismo erigido en ley fundamental del Estado. Ella encontró las sillas episcopales ocupadas por herejes, los sacerdotes casados, los votos religiosos anulados, los conventos vacíos, los bienes eclesiásticos hechos el premio del perjurio y de la apostasía. En presencia de estas horribles ruinas, capaces de intimidar el ánimo más varonil y la sabiduría más experimentada, esta soberana no retrocedió. Dominando todas las dificultades y arrojando todos los peligros, comenzó por abolir la ley del juramento sacrilego, que atribuía al poder político la supremacía religiosa, y restableció la autoridad del Pontífice. Ella llamó del destierro al célebre cardenal Polus, á quien Enrique VIII habia condenado á muerte, y que llegó á Inglaterra revestido de los más amplios poderes de la Santa Sede para reorganizar los negocios pertenecientes á la Iglesia, y fuerte con su auxilio y con el de Felipe en España, su esposo, el único príncipe católico digno de su mano, desterró al continente aquella turba de sacerdotes y de monjes apóstatas, que habian ido á ocultar en la Gran Bretaña, á la sombra del cisma, las blasfemias de su doctri-

(1) Se la acusa de haber hecho ejecutar á un gran número de herejes; pero el protestante Cobbet la ha justificado plenamente de este pretendido cargo (carta 8), y es imposible dejar de absolver á la reina María de esta acusacion, al leer las elocuentes páginas de la citada apología. Nos limitaremos á notar, con el mismo autor: 1.º, que aquellas ejecuciones fueron reclamadas por la opinion pública; 2.º, que aquellos pretendidos mártires de la herejía eran capaces de horribles asesinatos y de toda clase de crímenes, y que, no por sus opiniones, sino por sus actos, los más atroces, fué por lo que cayó sobre ellos el rigor de las leyes, que les fueron aplicadas por magistrados concienzudos, con toda legalidad y con la justicia más rigurosa. «La mayor parte de los que perecieron de aquel modo, dice el apologista de María, eran hombres de un carácter el más infame; casi todos ellos se habian refugiado en la capital, y el pueblo los llamaba, por irrisión, los evangelistas de Londres.» Y 3.º, en fin, que aquellos que, despreciando todas las leyes, han deramado á torrentes, por espacio de dos siglos, la sangre inocente de los católicos, no tienen derecho para culpar á María por haber castigado á algunos miserables, de cuyos crímenes el más pequeño era la herejía, y esto con arreglo á las leyes.

na y la infamia de su vida: ella nombró para los obispados las personas de la fe más pura y de las costumbres más irrepreensibles (1); ella abrió los conventos, llamó á los religiosos y devolvió las santas imágenes á los templos y los bienes robados á la Iglesia (2); ella anuló todas las leyes que por espacio de treinta años se habian dado contra la religion; ella restableció, con la liturgia católica, todas las creencias, todas las leyes y la disciplina de la Iglesia; ella restableció, en una palabra, el Catolicismo en su reino, con gran

(1) La reina María tuvo tanta vigilancia y tanto celo en el nombramiento de los nuevos obispos, que jamas habia tenido Inglaterra un episcopado tan santo y tan sabio. La prueba de esto es que, mientras que todos los obispos católicos del tiempo de Enrique VIII, á excepcion de cuatro, siguieron la apostasía del rey y le animaron á ella, de los obispos nombrados por María uno tan sólo abrazó el nuevo cisma de Isabel, y todos los demas permanecieron firmes hasta recibir el martirio.

(2) Se echa en cara á la reina María el haber sancionado con su silencio el sacrilego despojo de la Iglesia, con que los reformadores de los dos últimos reinados se habian enriquecido. Pero, ademas de que esto lo hizo con la intencion de evitar una guerra civil y de no poner obstáculos á la reconciliacion del pueblo inglés con la Iglesia, se sabe que, en lo concerniente á ella, nada quiso conservar de aquel pillaje. «En el mes de Noviembre de 1555, dice el protestante Cobbet, restituyó ella á la Iglesia las décimas y los primeros frutos de todos los beneficios eclesiásticos que, con las décimas de que se habian apoderado igualmente sus predecesores, producian á la Corona una renta líquida de más de sesenta y tres mil libras esterlinas, cantidad que hoy representaria cerca de veinticinco millones de francos. Ella renunció igualmente á gozar de una gran cantidad de bienes que formaban, á su advenimiento al trono, una propiedad de la Corona; pero que habian sido adquiridos en perjuicio de la Iglesia, de los hospitales ó de algunos particulares. Por otra parte, María reinó todavía más de dos años y medio sin cargar á su pueblo con ninguna especie de impuestos. Por consiguiente, la restitucion voluntaria que hizo esta princesa de las décimas y de los primeros frutos no fué otra cosa que el resultado de su elevada piedad y de la generosidad natural de su corazon. Ella obró en esto contrariamente á las representaciones de su Consejo, y el *bill* votado en estas circunstancias por el Parlamento sufrió en las dos Cámaras la más viva oposicion. Se temia, en efecto, y con razon, que despertase el odio y la indignacion del pueblo contra los usurpadores de la reforma. María no limitó á esta medida los efectos de su justicia reparadora; ella restituyó al momento á las iglesias y á los conventos todas las propiedades que habian caído despues de la revolucion en el dominio de la Corona.» (Cobbet, carta 8.) En estos últimos tiempos los soberanos católicos no han hecho otro tanto; ellos han conservado sin escrúpulo los bienes de la Iglesia y de los particulares, que han adquirido por medio de la revolucion; y en vista de este ejemplo que han dado ellos del respeto debido á la propiedad, ¿osarán todavía quejarse de la injusticia del socialismo!

confusion de los reyes, con gran pesar de los herejes, con gran aplauso de los fieles y con grande admiracion del mundo. Y si, por un designio impenetrable de Dios, este reinado de seis años de una princesa católica no hubiera sido seguido por el reinado de cuarenta y cuatro años de la feroz Isabel, entregada en cuerpo y alma á la herejía, es indudable que Inglaterra hubiera conservado el Catolicismo, restablecido por María, y esta ventura la hubiera debido al celo y al valor de una mujer. Es muy dudoso que ningun soberano haya emprendido una obra tan grande y tan difícil como la que esta reina emprendió y llevó á efecto en el término de seis años. Un soberano era, y de los más católicos, el rey Jacobo de Escocia, hijo de la reina mártir María Estuardo, á quien la horrible Isabel habia sacrificado, no tanto á su deseo de reinar cuanto á la ambicion de su supremacia religiosa y á su odio satánico al Catolicismo. Sin embargo, este príncipe, llamado al trono de Inglaterra, todavía húmedo con la sangre de su madre, hijo sin pudor, cristiano sin conciencia y rey tan cobarde como hipócrita y feroz, léjos de haber tenido el valor de restablecer el Catolicismo en su reino, lo persiguió de un modo tan brutal, que los desventurados católicos se vieron reducidos á desear, como dias venturosos, los dias sangrientos del reinado de la misma Isabel.

§ LX — Otros ejemplos del celo valeroso de la mujer católica en el combate contra el protestantismo. — Maria Estuardo, reina de Escocia, víctima de su celo. — Su martirio. — Hipocresía y crueldad de Isabel. — Las mujeres fueron las que salvaron el Catolicismo en Irlanda y en una gran parte de Alemania y de la Suiza. — Catalina, princesa de Polonia, consigue convertir al rey de Suecia, su esposo, y restablecer el Catolicismo en su reino.

La misma madre de este miserable, la reina María Estuardo, fué tambien una prueba del celo de la mujer católica de aquel tiempo por la destruccion de la herejía y el restablecimiento del Catolicismo. Estas eran las intenciones de la reina María de Escocia, y es indudable que las hubiera realizado, á ejemplo de la reina María de Inglaterra, si aquel monstruo coronado, aquel Neron con zagalejo, Isabel, le hubiera permitido reinar. Pero la Escocia, vuelta al Catolicismo, al lado de Inglaterra, que Isabel acababa de hacer protestante, no hubiera convenido á esta hija del crimen, y

por lo mismo el apóstol y el sosten del error; ésta hubiera sido una reprobacion permanente de su apostasia, que hubiera podido hacer dudoso su éxito. Así fué que, por medio de inmensas sumas de dinero que envió á Escocia, la hija adulterina de Enrique VIII corrompió á todos los grandes de aquel reino, á todos los ministros y consejeros de la reina, á toda su córte, y hasta su hermano, el obispo Murray, le suscitó obstáculos de toda especie, que le hicieron imposible el ejercicio de su autoridad, y urdió una terrible conspiracion contra sus derechos y contra su vida misma: de tal modo, que la desgraciada y confiada María se vió obligada á abandonar la Escocia y á aceptar el asilo que Isabel, causa de todos sus males, le habia ofrecido en Inglaterra, con la intencion pérfida de tenerla en su poder para sacrificarla. En efecto, apénas puso María los piés en Lóndres, cuando Isabel, bajo la infame calumnia de que su régia huésped habia conspirado contra su soberanía, la hizo prender y la tuvo en prisiones por espacio de veinte años, llenándola continuamente de insultos y de dolores; y despues de tan largo y horrible martirio, acabó por hacerla condenar á muerte por una comision de apóstatas, dignos magistrados de tal soberana. Es verdad que la conducta moral de la reina María no habia sido de todo punto irreprensible; pero sus manos estaban puras de toda sangre inocente, y siendo ella misma víctima de una atroz conspiracion, jamas habia conspirado contra nadie; y de todos modos ella expió suficientemente las faltas de su vida con el heroismo cristiano de su muerte. Ved aquí las principales circunstancias de ella:

Habiendo sido pronunciada la sentencia de muerte contra María, contra todas las leyes de la justicia y de la hospitalidad, Isabel, tan hipócrita como feroz, se puso á representar la más odiosa comedia con respecto á la sentencia. Con las lágrimas del dolor en el rostro, y la alegría en el corazon, manifestó á los reyes de Europa, que se dejaron engañar, su gran sentimiento por verse obligada á hacer morir una parienta tan próxima, y se quejaba ante sus propios súbditos de que no hubiese entre ellos ninguno que quisiese librarla de la terrible necesidad de manchar sus manos con la sangre de una reina. Y sin embargo, por orden de ella misma se habia anunciado á la ciudad de Lóndres la sentencia de María por un repique general que duró una hora; y sin embargo, ella misma